



por JERÓNIMO
CALERO

Vísperas

Domingo veintiséis de octubre. La mañana está amenazada de lluvia pero la temperatura es espléndida, tanto, que cuando el sol atraviesa el celaje de nubes, pica como en verano.

- Parece que va a haber tormenta -dice mi madre mientras nos dirigimos a la tumba de los abuelos.

El recorrido es cotidiano y obligado desde que su esposo, mi padre, reposa en el silencio del camposanto. El silencio del cementerio está roto, hoy, por un ajetreo mayor de lo habitual; además de los dos entierros que se van a efectuar esta mañana, hay mucha gente limpiando, repellando, recogiendo los búcaros para cambiar las flores de tela, descoloridas por la intemperie. Los grifos no dan abasto; hoy hay cola en las dos o tres piletas de que dispone el cementerio; cuando abren el grifo más cercano a la acometida, disminuye el caudal de los otros y se producen gestos de impaciencia. Otro año más, la cercanía de la festividad de Todos los Santos ha originado este trasiego. A partir de hoy, y hasta el sábado día uno de noviembre, las tiendas de «todo a cien» y floristerías hacen su agosto. Es el culto a los difuntos -la parte profana del culto que se repite como un ceremonial protocolario-, la renovación de unos votos que, inscritos sobre la lápida, recuerdan la obligación de ser fieles a una promesa: «Tus hijos no te olvidan», «Tu desconsolada esposa», «Siempre estarás en nuestro corazón»... Hay verdaderas sentencias difíciles



de cumplir, porque aunque el sentimiento por la pérdida de un ser querido desgarré el corazón, la vida, mucho más benévola, se encarga de que los acontecimientos en su lógico devenir suavicen las heridas hasta el punto de encontrarnos en el extremo opuesto a aquellas sentencias que un día hicimos convencidos de su veracidad. Y es lógico que así sea; sería lamentable que el ser humano no pudiese rehacer su vida dando paso a nuevas situaciones, a nuevas ilusiones, a nuevos proyectos.

La muerte es una historia lamentable; pero inevitable. La tristeza es la química que produce un estado del ánimo para complacerse a sí mismo. Pero la tristeza, hermosa a veces, espiritual siempre, puede anular la personalidad convirtiéndonos en seres depresivos incapaces de volver a levantar cabeza.

Por eso el cementerio está durante todo el año solitario y tranquilo -como debe estar un cementerio-; porque cada cual sigue viviendo inmerso en su propia dinámica y el olvido es una parte fundamental de ese proceso. Y es sólo llegado este día,

cuando uno recuerda que aquí reposa un sueño al que hay que resucitar por unos instantes. Y vuelve el corazón a sentir la ausencia y a querer mitigarla con el brillo fugaz de unos claveles.

- Va a llover -vuelve a decir mi madre de una forma mecánica, mientras una lágrima pugna por brotar de sus recuerdos.

- Va a llover -respondo, convencido de que sobran las palabras.